

*Laudatio de la Profesora Doctora D^a Ana Pérez López
con motivo de la investidura como Doctora "Honoris Causa" de la
Excma. Sra. Dra. D^a Christa Wolf*

Rector Magnífico de la Universidad Complutense de Madrid, Don Carlos Berzosa, Excelentísimo Sr. Embajador de España, Don Rafael Dezcallar, Sra. Christa Wolf, Sra. Rosa Regás, Señoras y Señores.

Para mí es un gran honor dirigirme hoy a ustedes en este acto de homenaje a Christa Wolf, una magnífica escritora alemana y una gran contemporánea. Su extensa obra no es sólo una de las más relevantes de la literatura alemana desde la segunda mitad del siglo XX, sino que ha alcanzado un amplio reconocimiento internacional y ha sido traducida a numerosas lenguas, entre ellas el español. Está en posesión de innumerables premios y galardones internacionales— los últimos, el premio Thomas Mann por la totalidad de su obra literaria, y el premio Uwe Johnson -, ha sido investida doctora honoris causa por prestigiosas universidades de Estados Unidos, Alemania, Francia, Bélgica o Italia y es miembro de las más importantes Academias de Arte dentro y fuera de Alemania. Investigadores de todo el mundo han reflexionado y escrito sobre su obra, desde hace ya tiempo imprescindible en cualquier curriculum universitario de literatura alemana.

Hoy, la Universidad Complutense de Madrid se suma de forma institucional a este reconocimiento internacional y le ofrece un espacio entre sus mejores. Con esta investidura se hace eco de la gran resonancia de su obra en España, tanto por su número de lectores como por la dedicación de la que ha sido objeto en publicaciones, congresos y tesis doctorales. Además, la Universidad Complutense testimonia así su especial relación con Christa Wolf, en el marco de la historia del Departamento de Filología Alemana y su encuentro con la literatura de la RDA. Este encuentro se produjo a comienzos de los años 80. No hacía mucho que España había salido de la dictadura y entrado, después de cuarenta años, de nuevo en un sistema democrático. El horizonte de renovación que ahora era posible en los estudios universitarios se tradujo en nuestro joven Departamento en la aspiración de ampliar los ámbitos geográficos y culturales en los estudios de lengua y literatura alemana, lo que incluía a la República Democrática Alemana. Las autoridades universitarias hicieron suyos estos planteamientos y en 1982 se firmó el convenio de colaboración con la Univ. Humboldt de Berlín, vigente hasta el día de hoy.

Ese convenio incluía proyectos de investigación conjuntos entre germanistas de la UCM y de la Universidad Humboldt de Berlín. Comenzó así un trabajo de colaboración que, para nosotros, entonces todavía profesores jóvenes, supuso un impulso fundamental en nuestra carrera y que nos permitió, con la elaboración de proyectos específicos con especialistas de reconocido prestigio, como Eva Kaufmann, Klaus Hermsdorf, Peter Müller, Frank Wagner o Frank

Hörnigk, acercarnos de un modo privilegiado a la hasta entonces casi desconocida literatura de la RDA. Y por supuesto, a la obra de Christa Wolf. Esta apertura a nuevos territorios culturales para la germanística española no era, sin embargo, simplemente fruto de la nueva situación democrática, aunque no hubiese sido posible sin ella. Se trataba de recuperar espacios que la dictadura había vetado hasta entonces y, a la vez, entroncar con la tradición democrática española más reciente, en la que muchos teníamos nuestras raíces: el antecedente histórico de libertad individual y de libres decisiones colectivas que había sido el periodo de la Segunda República Española en los años treinta del siglo pasado y sus enormes avances en el progreso del país, que habían dado lugar a una etapa de esplendor en la renovación universitaria, especialmente en la UCM. Como todos sabemos, estos avances se vieron truncados por la rebelión militar de 1936, con la que comenzó una sangrienta guerra civil de una enorme repercusión internacional, en la que se jugaba no sólo el futuro de España, sino la paz o la guerra a escala mundial.

Llegamos así a la palabra clave España. En su último libro, *Ciudad de Los Ángeles o el abrigo del Dr. Freud*, recuerda Christa Wolf la lectura de unos ejemplares de la revista *Das Wort, La palabra* editada en los años treinta en Moscú por los exiliados alemanes antifascistas, justamente entre 1936 y 1939, los años de la contienda española. Allí encuentra palabras de Thomas Mann y Ernst Hemingway, de Erich Weinert y de otros muchos escritores hoy casi olvidados. Y añade: „Pero era eso por lo que amaba a esa Alemania más pequeña, porque la consideraba la legítima sucesora de aquella Otra Alemania que, perseguida y torturada, horriblemente diezmada, resistió sin embargo en los presidios y en los campos de concentración, en España y en los distintos países de exilio”.

Nosotros también nos considerábamos los sucesores legítimos de quienes habían defendido la libertad y la democracia en España en los años treinta y que, después, durante el franquismo habían conocido el exilio, las cárceles y la represión, manteniendo los mismos ideales de justicia y libertad por los que habían combatido. Nuestro interés por conocer la literatura de ese pequeño país hundía sus raíces en este pasado común, en el que una importante parte de los mejores, no sólo de España y Alemania, sino de todos los países del mundo, habían apostado por una sociedad futura en la que el hombre fuera “un aliado para el hombre”. Ciertamente, cuando comenzamos a trabajar sobre la literatura de la RDA ya habían entrado los tanques soviéticos en la ciudad de Praga y, aunque todavía no sabíamos muchas cosas, sí sabíamos lo suficiente para acercarnos a ese país hasta ahora prohibido, como todos los de más allá del telón de acero, como se decía entonces, con una reserva crítica junto al inmenso interés por conocer y entender.

Gracias a la sensibilidad y la clarividencia de los compañeros de la Universidad Humboldt de Berlín ese acercamiento se produjo a través de proyectos como “Autorrealización y derecho a la felicidad del individuo en la literatura de la RDA en los años 70” por citar a uno de los primeros. Esto nos permitió desde el principio conocer a grandes autores como Anna Seghers, Stephan Hermlin,

Christa Wolf, Volker Braun, Christoph Hein, Brigitte Reimann, Maxie Wander, Ulrich Plenzdorff, y tantos otros, y celebrar un encuentro con una literatura rica y diversa, crítica, viva y palpitante, en lucha por sus ideales, que además, sorprendentemente y de modo ajeno a cualquier dogmatismo, mantenía una actitud esencialmente abierta y comunicativa ante el lector y le impulsaba a reflexionar y a participar con su toma de postura. Al mismo tiempo fuimos adquiriendo los conocimientos sobre el contexto político y social de esta literatura, sin los que nos habría sido muy difícil captar las contradicciones y los puntos de fricción que en parte la generaban y que eran necesarios para comprenderla.

Esta vinculación general de la literatura escrita en la RDA con el acontecer histórico es especialmente relevante en el caso de Christa Wolf, pues en ella la actuación de la ciudadana comprometida y la creación literaria han mantenido y mantienen una relación de coherencia excepcional. Christa Wolf siempre ha sido fiel a los ideales del socialismo como proyecto de una sociedad más justa. En el espacio geográfico de la RDA esperó poder contribuir a la realización de esos ideales. Pero su relación con la RDA nunca fue fácil. Pues aunque una gran parte de su vida y de su obra están ligadas a ella, la consecuencia con la que una y otra vez criticó las deformaciones del sistema y reclamó la realización del proyecto inicial del socialismo la convirtió en un personaje incómodo al que se pretendió marginar y al que se hizo sentir la fuerza del poder. Pese a todo esto, y a las propias contradicciones internas generadas por estas discrepancias, Christa Wolf continuó defendiendo sus convicciones y transformando productivamente los conflictos en obras literarias que testimoniaban la permanencia del compromiso político y, a la vez, ampliaban cada vez más los horizontes estéticos.

En 1965, en el 11º pleno del comité central del SED, en el que se escenificó el intento de domesticación de los intelectuales, Christa Wolf pronunció un importante discurso improvisado en el que defendió la subjetividad, la rectitud y la libertad de conciencia como requisitos imprescindibles para la creación artística. Y aunque la consecuencia inmediata fueron represalias y crisis, las frases “las paredes que nos rodean se acercan acorralándonos . Pero vamos viendo que hacia lo profundo hay mucho espacio” recogen un estado de ánimo dispuesto a explorar nuevos territorios. Resultado de esa exploración fueron en los años siguientes el relato *Noticias sobre Christa T.* y los ensayos de *Lesen und Schreiben. Leer y escribir.*

Noticias sobre Christa T. marcó un hito en la literatura de la RDA. De esta obra se ha dicho que es el libro más humano escrito hasta entonces por un autor de la RDA, en el que, libre de ataduras ideológicas, la propia verdad se eleva a categoría superior. No en vano el lema del relato son las palabras de Johannes R. Becher „¿Qué es eso, ese llegar a sí mismo del ser humano?” Porque lo que aquí cuestiona la autora, a través del personaje de Christa T., es la posibilidad real, en la RDA, de la “realización de todas las posibilidades que le han sido dadas al ser humano”, es decir, de la autorrealización individual como parte esencial del potencial utópico del socialismo.

Pero también desde el punto de vista estructural se pisaban nuevos territorios. Guiada por una actitud narrativa definida como “autenticidad subjetiva”, la autora desarrolla un estilo propio en el que la ficción narrativa se mezcla con la prosa reflexiva del ensayo y elementos biográficos o autobiográficos. Lo que se busca es acercarse a la estructura mental del recuerdo, en la que el pasado evocado se funde con la reflexión del presente y las asociaciones que despierta, unido todo esto a su vez a un proceso de indagación documental, así como a las dudas y reflexiones que se suscitan en la narradora. Esta estructura rechaza la linealidad temporal y hace consciente la “dimensión del autor” como instancia estética y, por tanto, como parte de lo narrado, que ordena según diferentes criterios y acompaña con sus preguntas y reflexiones. Para Christa Wolf, narrar es “invención fiel a la verdad basándose en la propia experiencia” lo que presupone análisis de la propia experiencia y búsqueda e invención, guiada por un imperativo moral, de la verdad. La autora hace partícipe al lector de ese proceso de búsqueda e invención que lleva a cabo en el acto mismo de la escritura, lo que determina la estructura abierta de sus textos y su carácter dialógico, pues el lector se ve implicado y forzado a reflexionar sobre los conflictos que se le presentan.

Así es también en una medida excepcional en su siguiente gran creación, *Muestra de infancia* una extensa obra en la que emprende la compleja tarea de rastrear las huellas del pasado en las estructuras y actitudes del presente, en la memoria individual y en la colectiva. Se trata de actualizar el pasado, ese pasado que no existe, como decía Benjamín, y que sólo se puede vislumbrar como en un relámpago cuando recordamos, pero que ha dejado su sello y del que es preciso hacernos conscientes para fundamentar el presente y el futuro. La pregunta apremiante a la que se busca respuesta es “¿Cómo hemos llegado a ser lo que somos hoy?” Lo que se investiga a través del recuerdo, la recopilación documental, la autoindagación y la reflexión es hasta qué punto los modelos de pensar, sentir y actuar adquiridos durante una infancia y juventud vivida en la Alemania nacionalsocialista perviven en el presente. Hasta qué punto es posible que quienes han estado y no han visto se transformen, sin fisura alguna, en los sujetos intachables de la construcción del socialismo. Christa Wolf rastrea la huella del pasado en la propia conciencia, desenterrando lo reprimido y olvidado en un ejercicio de honestidad sin parangón en la literatura alemana “después de Auschwitz” Porque el pasado que se reconstruye no es el de la lucha de la resistencia antifascista, sino el de la normalidad de la vida cotidiana en el fascismo. La culpa no se exporta a unos “otros” difíciles de determinar. “¿Dónde habéis vivido vosotros?” pregunta un ex prisionero de un campo de concentración. El final de la guerra no se vive como liberación, sino como derrota, destrucción de parámetros ideológicos y vitales, pérdida y caos, a los que sigue el derrumbamiento físico y espiritual de la joven Nelly, alter ego de la autora. El conocimiento de las dimensiones de la barbarie genera vergüenza y sentimiento de culpa. Pero también empatía y dolor por las víctimas, así como el deseo de contribuir a la construcción de un modelo social en todo opuesto al nacionalsocialismo.

Pese a los numerosos paralelismos con la biografía de la autora, *Muestra de infancia* no es una autobiografía en sentido tradicional, pues de hecho subvierte algunos de los aspectos fundamentales de este género. Así, la función de reconstrucción de un sujeto fracturado por el devenir histórico, en la que el relato mismo se constituye en la continuidad inexistente en la biografía y afianza la identidad quebrada, se transforma en *Muestra de infancia* en la puesta en evidencia de vacíos y contradicciones que siguen ahí y es preciso incorporar a la consciencia. Identidad, individual y colectiva, no se constituye como un relato temporal continuado, sino en la suma de fragmentos y rupturas que el acontecer histórico desde los años treinta del siglo XX, y hasta el mundo globalizado de la actualidad, ha generado en las vidas humanas. La compleja estructura narrativa busca adecuarse a esta discontinuidad y, a la vez, captar la simultaneidad de los diferentes niveles temporales de la estructura del recuerdo.

Probablemente es esta complejidad estructural la forma de escritura más adecuada para indagar en la memoria del dolor, para recuperar los retazos de una vida anterior marcada por el nacionalsocialismo, ya sea de uno u otro lado del horror. Pienso en Jorge Semprún y en obras como *El largo viaje* o *La escritura o la vida*, en las que, como en *Muestra de infancia*, presente y pasado, con sus distintos estados de consciencia, se entrelazan y superponen, como en un tejido cuya trama nos esforzamos por distinguir.

Y pienso que la pregunta de Christa Wolf “¿Cómo hemos llegado a ser lo que somos hoy?” también nos afecta a nosotros, los españoles que hemos nacido y crecido durante los cuarenta años de régimen franquista. Es cierto que nuestra sociedad civil, con el apoyo de las instancias democráticas, ha emprendido desde hace años la recuperación de la memoria histórica, que en este caso es la memoria de los vencidos. Pero hay otro aspecto de esa memoria, el de las posibles repercusiones individuales y colectivas de la vivencia cotidiana de la dictadura, que quizás hemos obviado con demasiada ligereza y en el que *Muestra de infancia* nos incita a pensar.

Las obras de Christa Wolf nos conciernen, es evidente, como seres humanos y como contemporáneos, precisamente por ser una búsqueda de respuestas a las circunstancias históricas y sociales que nos rodean. Sus palabras “la literatura tiene la misión de destapar la verdad sobre esta época y nuestra vida en ella” no son una nueva versión de Poesía y Verdad, sino la expresión de la responsabilidad moral de la literatura de indagar en las posibilidades de vivir del ser humano en un momento histórico dado.

Y vivir implica exponerse, como hizo Christa Wolf en 1976 al plasmar su firma en la protesta pública contra la expatriación del cantautor Wolf Biermann. Las autoridades de la RDA respondieron con medidas represivas y numerosos intelectuales prefirieron abandonar el país. Christa Wolf y su esposo también sufrieron represalias – de hecho estaban siendo vigilados por la Seguridad del Estado desde mediados de los años 60 –, pero optaron, pese a todo, por quedarse y superar la nueva crisis, como siempre, de un modo productivo.

Los años siguientes son, otra vez, de búsqueda de nuevos espacios. En lo privado, en la casa de campo en Mecklenburgo, espacio de trabajo y refugio, donde en los veranos, con amigos afines, se crea una isla de convivencia en libertad. Es éste un modelo de comunidad que se da entre muchos intelectuales de la RDA, reducidos al ámbito privado tras la exclusión de la participación política. En la actividad literaria la mirada se dirige al “Espacio proyectivo del romanticismo”. En la vida y en la obra de autores como Heinrich von Kleist, Karoline von Günderrode y Bettine von Arnim se reconoce un sentimiento de la época y de sí mismos que los identifica como antecesores. “Vorgänger ihr, Blut im Schuh.” Es la segunda frase de *En ningún lugar. En parte alguna*, un relato de una belleza y un lirismo singular y de una pureza del idioma difícil de superar. En él, Christa Wolf se mete en la piel de unos escritores románticos para los que no hay lugar en la sociedad de su tiempo. Desgarrados y solitarios no renuncian sin embargo al anhelo utópico de formas de vida en las que realizarse de modo productivo y sin barreras: “Cuando dejamos de esperar, llega con seguridad lo que tememos” Christa Wolf fábulas la “leyenda deseada” de un encuentro entre Kleist y Günderrode en 1804 en Winkel am Rhein. Es la tarea que ya Aristóteles definió como propia del poeta y superior a la del historiador: contar no lo ocurrido, sino lo que podría ocurrir, que adquiere así una validez general. La distancia histórica es una vía para acercarse críticamente al presente por medio del monólogo o el diálogo inventados. Más allá del dolor de saberse diferentes y no poder identificarse con la sociedad que les rodea, los personajes indagan las posibilidades de convertirse en sujetos en su tiempo, y Christa Wolf indaga con ellos las posibilidades que nosotros tenemos en nuestras sociedades.

El acercamiento a los románticos se produce desde una doble perspectiva, la del ensayo en las ediciones y estudios sobre Karoline von Günderrode y Bettine von Arnim, y la poética de *En ningún lugar. En parte alguna*, una estructura que se repetirá en *Cassandra*. En el contexto del trabajo sobre los románticos comienza a escribir, entre otras cosas, dos relatos: *Pieza de verano*, que no concluirá y publicará hasta 1989, y *Lo que queda*, escrito en 1979, pero no publicado hasta 1990. Y se podría decir que ambos son la correspondencia contemporánea del modelo histórico de *En ningún lugar. En parte alguna*. *Pieza de verano* refleja la utopía cotidiana y fugaz, pero vivida, de los veranos en Mecklenburg. Su trasfondo está en *Lo que queda*, que narra un día de la vida de una escritora vigilada por la Stasi y refleja el ambiente opresor y alienante del que se huye a Mecklenburg.

Los 80 son años de reconocimiento internacional, honores y viajes. Comienzan de un modo espléndido, con la concesión del premio Georg Büchner, el más importante de la literatura alemana, y con un viaje a Grecia que supone el encuentro con el mito y con la figura de Cassandra. El proyecto *Cassandra* incluye las lecciones pronunciadas en la Universidad de Frankfurt y el relato en sí. Ensayo, cartas, diario de viaje y diario de escritura, invención: todo forma parte de un proyecto en el que de nuevo se pretende aprehender la estructura poliédrica de la vida. La acogida de *Cassandra* es impresionante, sobre todo en los círculos del movimiento feminista y del movimiento por la paz. Son tiempos

de confrontación y amenaza nuclear, que Christa Wolf entiende como una crisis de la civilización derivada del predominio del pensamiento instrumental. Pues los medios y procedimientos que deberían servir para el desarrollo de la vida humana se han pervertido en instrumentos que pueden conducir a la destrucción de la civilización y la humanidad. Es el resultado de una evolución histórica en la que la hegemonía del racionalismo práctico ha hecho olvidar el principio ilustrado de la emancipación del individuo y del género humano. En esta crisis, la función de la literatura es desvelarla, hacer que tomemos conciencia de ella, y desarrollar alternativas a este mundo al revés, unas alternativas que en el relato *Cassandra* se plasman en el contramodelo de vida de las mujeres en el monte Ida.

Christa Wolf utiliza uno de los mitos básicos del patriarcado occidental, la guerra de Troya, para deconstruirlo y reducirlo a sus coordenadas sociales e históricas, mostrando así no sólo las estructuras del poder, sino también el papel que esas estructuras han reservado para las mujeres a lo largo de 3000 años. La lucha de Cassandra por su autonomía como persona, superando la cosificación tradicional de la mujer, es también la lucha por la palabra. Una palabra que deviene en escritura femenina, un concepto que Christa Wolf había empezado a desarrollar a partir de su trabajo sobre las escritoras románticas, y que parte de la experiencia subjetiva, buscando la autenticidad y desterrando deformaciones que impiden la comunicación y el entendimiento. Lo que Cassandra aprende es a “pensar sintiendo y sentir pensando”, una propuesta „para un modo distinto de estar en el mundo, no matando“.

El rechazo a separar literatura y vida, rasgo propio de Christa Wolf desde siempre, adquiere ahora una dimensión específicamente femenina, una de cuyas consecuencias es la valoración temática y estructural de la “valiosa vida cotidiana”, de la cotidianidad. Desde los años 80 esta estética de lo cotidiano es determinante en su producción literaria y está presente en textos que, a modo de diarios, transgreden intencionadamente la división tradicional entre relato y ensayo para acercarse a la imbricación de pensamiento y actuación en la vida diaria. Son textos como *Accidente*, *Pieza de verano*, *Lo que queda*, *Viaje al desierto*, *En carne propia*, y otros, hasta llegar a su última obra, *Ciudad de Los Ángeles*, en los que lo cotidiano y privado mantiene siempre el cordón umbilical con el acontecer político y social.

Y éste alcanza de nuevo a Christa Wolf de forma importante en 1989. Su participación en la comisión que debía investigar lo ocurrido en la represión de las manifestaciones ciudadanas en las postrimerías de la RDA, y sobre todo, su gran discurso del 4 de noviembre en el Alexanderplatz muestran la esperanza, compartida por muchos conciudadanos, de que de aquellos acontecimientos pudiera surgir una nueva RDA, más cercana a los ideales del socialismo. Aunque esa esperanza se vio truncada, el simple hecho de haberlo vivido es todavía recordado con emoción en *Ciudad de Los Ángeles*: “Era lo inimaginable, que se podía transformar en realidad. Y que ... sólo podía durar un segundo histórico. Pero se dio.”

En los años 90, durante el mal llamado “debate literario”, Christa Wolf es víctima de duros ataques por una parte de la crítica alemana. Pero el elevado reconocimiento internacional y las estancias en el extranjero facilitan un distanciamiento que favorece la reflexión y la creación literaria. Surgen así obras como *Medea. Voces*, un nuevo trabajo de deconstrucción del mito, y las ya citadas *Viaje al desierto* y *En carne propia*, entre otras. En 2003 publica *Un día del año*, que recoge las anotaciones en su diario de un solo día del año a lo largo de cuatro décadas, y que logra de manera magistral lo que parece imposible: expresar la “consistencia de la vida vivida”. *Un día del año* es una obra escrita contra el olvido, esa “incontenible pérdida de existencia”. La escritura de al menos un día al año ha de ser “un sólido pilar de la memoria” para rescatar esa vida vivida del “olvido que seremos”, como decía Borges. Es el poder evocador de la palabra escrita, de la literatura, de postergar el olvido durante el tiempo en que la lectura actualiza la memoria de lo vivido y la invención de lo posible.

Con sus obras literarias, Christa Wolf ha querido dejar testimonio veraz de su época y de nuestra vida en ella, para que ese testimonio perdure y no sea pasto del olvido o de la deformación histórica, sino que contribuya a ofrecer modelos, positivos y negativos, en los que cada lector pueda medir su potencial de futuro, para él y para la humanidad. Porque Christa Wolf nunca ha dejado de buscar un mundo en el que de verdad se pueda vivir, un mundo habitable ya que no para nosotros, al menos para nuestros sucesores. Lo ha hecho por la doble vía del compromiso con la sociedad y de la creación literaria. Una creación literaria en la que calidad estética y profundidad de pensamiento se funden en análisis sensibles y rigurosos del momento histórico, manteniendo siempre esa necesaria conciencia utópica, que es la gran ausente del mundo de hoy.

Por ello, permítanme terminar mi intervención con una cita de Hölderlin que creo que corresponde al sentir que toda esta inmensa obra despierta en nosotros, sus lectores: “Lo que permanece, lo fundan los poetas”.